

La insurrección que viene, construcción
identitaria y alternativa existencial

Títulos originales: *L'insurrection qui vient.*
Construction identitaire et alternative
existentielle y L'insurrezione e il suo doppio.

Primera edición:
febrero de 2016

diaclasa.net
editorial[arroba]diaclasa.net

Ni derechos ni deberes

Gratis para presas, presos y bibliotecas
sociales (contactar con la editorial).

NOTA DE LA EDITORIAL

La insurrección que viene no hubiese sido más que uno de los tantos manifiestos y libros publicados por una editorial independiente de no ser porque, de un día a otro, pasó a ser calificado absurdamente como un «manual de sabotaje» por la magistratura francesa.

En noviembre de 2009 casi una decena de jóvenes fueron detenidos en un pequeño pueblo de Francia acusados de participar en un sabotaje contra un tren de alta velocidad. Uno de los detenidos fue también acusado de ser el autor de *La insurrección que viene*.

Este asunto le dio al libro cierto aura de manual para iniciados o de *libro prohibido*, aunque lo cierto es que no es en absoluto un

manual; además, mientras se desarrollaba el circo mediático-judicial el libro volaba de las estanterías de las principales cadenas de librerías francesas, y no porque los confiscasen los guardianes del orden y las buenas costumbres, sino porque se transformó en un fenómeno de ventas, algo que poco después se repitió en Estados Unidos, llegando a estar entre los diez primeros títulos más vendidos en Amazon. En un mundo mercantilizado hasta la represión cotiza en bolsa.

Hemos decidido reeditar este texto aparecido ya hace algunos años en francés porque creemos que ha pasado desapercibido y es probablemente la crítica más interesante que se ha escrito sobre el libro. Hemos añadido para acompañar y completar esta crítica el texto «La insurrección y su doble», reseña del libro publicada en el número 5 de la revista anarquista italiana *Machete*. Ambos textos ya habían sido difundidos en castellano como folletos.

La insurrección que viene,
**construcción identitaria y
alternativa existencial**

Alain C.

seguido de «La insurrección y su
doble» de la revista *Machete*

Este texto no es un estudio crítico de las tesis expuestas en el libro *La insurrección que viene* ni es un intento de «desmontaje teórico» del mismo. En un principio me surgió la idea de abordarlo así, y sin duda no soy el único. Bastantes cosas dichas en este libro efectivamente podrían ser discutidas. Pero rápidamente tuve la sensación de la inutilidad de ese enfoque. Esta sensación, esta intuición más bien, fue la de la imposibilidad de un diálogo con este libro, o de un diálogo que en un momento dado siempre se rompe. Tuve la sensación desmoralizadora de que este texto no podía ser criticado: me pareció que había otra cosa en juego, que no era algo sobre lo que podíamos discutir, que no era

una simple divergencia de ideas. Lo central en el texto no era lo afirmado sino la afirmación misma.

Esta voluntad furiosa de afirmación es la que da fuerza al texto, pero también inmovilidad. Es lo que lo vuelve impermeable al diálogo. No solamente veo un efecto de estilo, sino que también veo una estructura profunda, propia de todos los postulados doctrinarios.

Entonces lo vi así: si la *La insurrección que viene* defiende bien las ideas, una visión del mundo o un proyecto político, lo que el texto expone está siempre condicionado por la afirmación de una identidad. Desde este ángulo lo abordaré.

La identidad y sus propiedades

No es necesario definir una identidad para conocerla, como tampoco hace falta definir un gato para saber lo que es un gato.

Un individuo puede tener tics, pues es un individuo; mil individuos que tienen los mismos tics, eso puede ser una costumbre o una epidemia; mil individuos que *defienden* un tic, eso es una identidad.

Una identidad es lo que fundamenta un grupo permitiendo a cada individuo implicado definirse activamente a través de ella. Para el individuo es un proceso de sometimiento activo que le permite reivindicar esta identidad. A cambio la identidad da al individuo el beneficio de un refuerzo subjetivo. La ventaja más simple es el de poder decir: «yo soy», y principalmente «no soy» eso o esto.

Una identidad se distingue por posiciones comunes, fronteras, límites. Hay un Nosotros y los otros que se definen respecto a nosotros. La identidad quiere ser visible. Por eso los gestos, las costumbres, las palabras y su

utilidad directa: asegurar la visibilidad, lo que es determinante en la identidad. Desde este punto de vista es bastante evidente que las máscaras no existen para esconder las caras sino para manifestar una identidad.

Una identidad no resuelve nada, pero tiene una respuesta a todo. Frente a cada problema, toda contradicción, toda puesta en peligro reacciona espontáneamente con sus únicas finalidades: su salvaguarda y su refuerzo. Cómo distinguirse, cómo determinar, cómo reconstituir alrededor de ella el orden escenográfico de su mundo: a todo eso responde con la prontitud de un reflejo vital. El orden escenográfico de su mundo: ninguna identidad reposa en una simple visión del mundo sino en un escenario activo de éste. El mundo es activamente construido como un cuento, en el cual la identidad juega un papel eminente o trágico. La identidad detesta lo superfluo, lo indeterminado, lo que no permite juzgar o tomar posición. A la identidad le gusta el orden. «Poner orden en los lugares comunes de la época.»

Para el individuo que vive en ella, la identidad siempre se esta construyendo. Siempre hay algo que escapa a la identificación perfecta del individuo: siempre hay fallos, siempre hay nuevos refuerzos en los que creer. La identidad siempre es una búsqueda de identidad.

La identidad esconde al enemigo en el momento en que se le aparece. Como ella le hace aparecer según sus propias necesidades escenográficas, consigue diseñarla, pero nunca conocerla. Pule al momento las asperezas contradictorias y superfluas. El enemigo no es más que el pretexto de su propia confirmación. La identidad, en este nivel como en otros, selecciona.

La identidad, encontrando en ella misma todo lo que necesita, no siente sus propios límites: ahí es parecida al alcohólico o al drogadicto, sin la resaca y el buen trago. Una identidad es la borrachera permanente del Yo.

Desear la unidad del Yo, colocar en conformidad las ideas y la vida, el horror por la duda y lo informe, necesidad de afirmación, de coherencia, cohesión: identidad.

Una identidad no puede reconocerse como tal sin ponerse en peligro. Que los filósofos del siglo XVIII supieran indicar los gestos de la religión como gestos, fue la prueba de una grieta irremediable en la identidad cristiana. Y viceversa.

Una identidad, objeto social, tiene su utilidad en la economía de lo social. En particular las identidades marginales juegan el papel del anticuerpo para la identidad global (la sociedad), la cual ellas ayudan a redefinirse y reforzarse. El cristianismo no ha sobrevivido mucho al fin de las herejías que él mismo ha producido. Y viceversa.

La identidad es una realidad cognitiva anclada en los individuos, puesta al servicio de necesidades sociales particulares. Etcétera, etcétera.

En el principio estaba el Yo

Este breve desvío que ha quedado un poco árido y forzosamente incompleto por la descripción general de lo que entiendo por el término identidad, permite comprender un

poco mejor lo que se manifiesta en *La insurrección que viene*.

Se entiende en particular por qué la identidad está tan atada a problemáticas del Yo: es que la identidad tiene algo que hacer con él. *La insurrección que viene* es una oferta de identidad. Se siente en la medida de proponer un proyecto de vida al Yo en deriva. Lo que ofrece es menos un proyecto político que una alternativa existencial.

Lo que fue explícito en el *Llamamiento*, es decir la voluntad de constituir grupos ideológica y existencialmente distintos y coherentes, se reencuentra en un estado diluido en *La insurrección que viene*, en una versión para el «gran público». La propuesta es sin embargo siempre la misma: convencer, llamar, convocar. El primer refuerzo que sueña la identidad, es el refuerzo numérico. «No somos tan numerosos», es su lamento perpetuo. Hay que convencer constantemente, barrer las objeciones, empujar a los otros grupos a la rendición: convertir.

Para hacer esto, para hacer esta oferta crédula y necesaria, *La insurrección que viene* dibuja primero el tablero de un mundo en ruinas. Los siete círculos del infierno no sobran para describir esta ruina material y espiritual. Primero materialmente, y esto todo el mundo ya lo sabe por las imágenes de la catástrofe que llenan las pantallas y las estadísticas. Pero sobre todo «espiritualmente», porque es más bien la supuesta decadencia del sujeto que ofrece un espacio propicio para la propuesta de reconstrucción identitaria. Se reconstruye solamente encima de las ruinas. Y entonces la primera figura en el infierno es el *Yo-totalmente-solo*, el sujeto aislado y su consigna orgullosa, «I am what I am». Y detrás de él/ella, el verdadero sujeto, sufriendo, inadaptado, deprimido, que no sabe coger su propia realidad en la revuelta, es decir en la acogida de la identidad propuesta. «Júntate con nosotros, y serás salvado.»

Alternativa existencial, *La insurrección que viene* necesita presuponer «un presente sin salida» para bloquear el pasaje de los Yo

que estarían tentados a acomodarse en este mundo insoportable, a encontrar nichos. Por el contrario, hay que dejarles cruzar con disgusto los círculos del infierno para encontrar el Paraíso de un proyecto, un objetivo, una certeza: una elección de vida.

La travesía de los círculos del Infierno y el proyecto a lo que lleva, atañe a esta dinámica de relato de la propia identidad, concebida como sujeto activo y central del mundo: sólo ella le puede dar el sentido del que carece.

No fallaré en señalar de paso mi acuerdo relativo con la definición del Yo como punto de paso de una experiencia singular y colectiva del mundo, y la crítica rápida de la calzadura identitaria en que se sitúa. Lamento simplemente que no se hayan sacado todas las consecuencias de ello. Principalmente lamento que esta definición no se extienda a lo que determina socialmente el Yo, pero se limita a hacer de ello algo neutro, una subjetividad Aura, perdida en un mundo socialmente indiferenciado. Y el olvido de todo es lo que hace que el mundo sea para algunos

«Yo» no tanto lo que les atraviesa como aquello con lo que se chocan perpetuamente.

Sin embargo, la experiencia singular como realidad del sujeto desaparece muy rápidamente detrás de la valorización del «vínculo». Entonces, al Yo, le han desconectado un momento solamente para flanquearle en la inestabilidad, el miedo a la vida, y para proponerle nuevamente la ligadura fraternal. El vínculo, es decir el vínculo personal y no el estúpido «vínculo social» del que hablan los políticos, es lo que otra vez se propone al Yo cogido en vértigo. ¿Y qué hay mejor para vincular que una identidad particular, restringida, calurosa y, por añadidura, revolucionariamente extensible a todos, el Nosotros?

Como herramienta de conversión, *La insurrección que viene* reencuentra los buenos viejos métodos de la predicación: primero dar miedo, hacer ver el infierno, y luego proponer un último recurso. Un método retórico, un método de amaestramiento y de apropiación también; hacer saltar un bebé en el aire para atraparlo inmediatamente, amenazar

a un enemigo para luego estirarle la mano. Una identidad es ante todo un proceso de sometimiento y ella conoce e utiliza instintivamente todos los medios.

«El buen momento que nunca viene»

Y naturalmente el Yo no tiene elección: consentir el continuo vivir en la incubadora inquietante del mundo tal cual es, es condenarse a perecer con él. Puesto que la causa está juzgada: la Babilonia mundial está en camino hacia el colapso. Por lo tanto la única alternativa es perecer con él o vivir en contra. En fin, de nuevo, «la libertad o la muerte».

En ninguna parte se evoca la posibilidad, ni siquiera a modo de hipótesis, de que el capitalismo todavía puede perdurar un poco, que su colapso puede ser ligeramente diferenciado, o quizás tan lento que podría tardar siglos. ¿Qué haremos en este caso? ¿Tiene que influir esta posibilidad en nuestra acción, o es más sabio no tenerlo en cuenta?, ¿en qué temporalidad situamos nuestra acción? Naturalmente, estos

cálculos racionales mezquinos que huelen a liberalismo repugnan a nuestra identidad revolucionaria que sueña con alzar nuevamente «la bandera de la buena vieja causa» y de salir al asalto, aun si tuviese que perecer en el intento.

Escenográficamente, para una identidad, propuestas del tipo «quizás no sea el buen momento» son totalmente inválidas. Una identidad no se construye en escenarios del tipo *El desierto de los tártaros*¹. Le gustan más bien los clarines de la batalla. No se puede establecer una identidad en incertidumbres.

Por esta razón es inútil argumentar sobre las dificultades prácticas o el carácter inoportuno de tal o cual proyecto donde la identidad se insertará: no se pueden discutir problemas prácticos con una identidad que tiene la necesidad de manifestarse. Lo posible y lo imposible no existe para una identidad, y es su fuerza, puesto que es la que busca su

¹ Alusión a la novela de Dino Buzzati, en la que el personaje principal, un militar pasa su vida en una fortaleza en el medio del desierto esperando una guerra contra los tártaros que nunca llega. [*Nota de la traducción*]

propio refuerzo a través del de los individuos que la llevan. No se ajusta al mundo en función de realidades objetivas.

Decir que el buen momento nunca viene, es decir que no se sabe nunca con certeza si es el buen momento o no, por lo tanto, haya que dar el paso sin tener la seguridad de tener éxito. Esto es verdad pero no significa que no hay que tener en cuenta el momento, es decir cuestionar lo real, y no esperar que responda a nuestros deseos. A riesgo de tener que lanzarse a toda velocidad cuando llegue el momento.

El «buen momento» para las luchas no depende directamente de sus actores, no está sometido a la decisión o a la elección de ningún comité, invisible o no. En realidad es siempre el objeto de un conflicto. Particularmente hoy es verdad, donde las luchas son menos y menos dependientes de partidos y sindicatos, buscando cada vez más cómo proveerse de otras formas, sin duda no más «radicales», pero en todo caso menos recuperables. Se puede ver el ejemplo

en la lucha contra el CPE² de 2006 cuando el movimiento que se suponía había terminado después del retiro del CPE, se ha alargado de todas maneras porque simplemente todo el mundo no estaba de acuerdo en detenerse ahí. No obstante mejor haberse terminado, aun a disgusto, porque continuar hubiéese sido absurdo. Un movimiento social es construido así como un cuento, con un principio, un medio y un fin. Por lo tanto, si uno quiere o no, tiene momentos. Retomando el ejemplo de 2006 su verdadero buen momento habría sido poder continuar el «movimiento», cuando ya no fue «el buen momento». Pero los «buenos momentos» van y vienen; no dependen solamente de nuestras elecciones. No se trata de ceder a la mala temporalidad de los movimientos sociales que no quieren más que quedar como lo que son, sino de poner en conflicto esa temporalidad.

2 El proyecto de ley del Contrato de Primer Empleo buscaba modificar las condiciones de aquellos que accedían por primera vez a un empleo con contrato, a favor del empresario y contra el trabajador. [*Nota de la traducción*]

«El sentimiento de la inminencia del colapso»

Ya han pasado casi dos siglos desde que nos predijeron la muerte inminente del capitalismo. Todos los que han deseado el fin del capitalismo también han intentado darle un destino histórico. En las formulaciones marxistas uno puede leer las «contradicciones imortales», la «decadencia». Sí, ahora ya vemos como «colapsa».

El colapso tiene sus características: cuando un edificio colapsa, es porque los materiales que lo constituyen y hasta el momento le permitían seguir de pie se han degradado y corrompido de tal manera que ya no lo sostienen. Es un proceso del conjunto, que primero lento y sensible llega a una fase crítica, y finalmente tiene una aceleración brusca donde las partes todavía sólidas ceden bajo el peso de las partes que están totalmente degradadas. Esto se puede diagnosticar pero no se pueden prever los momentos precisos.

Es un proceso de un conjunto, un proceso de insolidaridad. Cada pieza del conjunto se

desconecta del todo, deja de constituir una unidad orgánica. Desde el punto de vista biológico se parecería a la descomposición de un cuerpo.

Lo que es denegado al capitalismo, y más ampliamente a todo el mundo social, a través de la noción de colapso, es su capacidad de hacer un todo *coherente*.

A esta supuesta falta de cohesión, la identidad opone su coherencia ética propia, infinitamente superior a esta cosa informe. A esta insolidaridad se opone la solidaridad, la densidad de vínculos, incluso la impermeabilidad del grupo.

A estos vínculos que se deshacen, la identidad opone la potencia de vínculos que ella restituye. Toda identidad, club de hinchas o cualquier secta, tiene su momento secesionista que es también el de su fundación.

Es evidente que en esta concepción el capitalismo (o el imperio, o como quieras) esta concebido como un ente y como una exterioridad. También puede ser una máquina destruida por el desgaste de sus piezas.

Una identidad necesita ese ente exterior para constituirse. Le preocupa relanzar al exterior todo lo que no es ella, le repugna la idea de participar en lo que ella misma detesta. El capitalismo es el enemigo y ese enemigo no puede estar en Nosotros, está fuera de Nosotros, es una exterioridad, un ente.

El destino del colapso describe por lo tanto al capital como exterioridad pura, frente a la cual estamos solamente limitados superficialmente, puesto que no sabría llevarnos a habitar o influirnos en nuestras elecciones más que de manera ocasional. Frente a esto el ingenio y los trucos son respuestas más que suficientes.

El capitalismo no es solamente negado como relación social, sino como relación social constreñida. Se esconde completamente el hecho que uno pueda estar obligado a trabajar, y que ahí precisamente se encuentra el problema.

Si el capitalismo colapsa, es también porque se ha vuelto una ficción en la cual ya nadie cree. Todos los esfuerzos que el imperio

hace para sobrevivir se limitan a eso: a mantener la ficción de su propia existencia. Este mundo no es real, aparenta existir. Es una nada, una abstracción, que mejor hay que aclarar antes de abatir.

La «inminencia» del colapso da su marco trágico a las aventuras de la identidad: es el telón de fondo, el decorado de su cuento. La «inminencia» inscribe este cuento en una temporalidad de urgencia permanente. El tiempo del mundo ya no se ve sin dirección determinada, en el sentido de fluctuaciones contingentes: tiene un sentido, y un sentido trágico.

Si no se habla de manera verdaderamente precisa sobre el colapso, es que no hace falta que sea examinado realmente: lo que importa es más bien el sentimiento de que haya uno. La convicción de vivir en este colapso refuerza la necesidad que uno tiene de la identidad, para sobrepasar el miedo del colapso y sobrevivir, para hacer de ello la oportunidad de un nuevo refuerzo, incluso de una realización total del contenido identitario.

Micro-contrato social, la identidad garantiza protección y salud a los que se adhieren.

Que el colapso no venga nunca no es un problema: siempre podremos encontrar indicios de esto hasta el infinito. Los milenaristas que cien veces han predicho la fecha del Milenio y nunca lo vieron llegar, no se han desanimado por ello. La fe, es decir el deslumbramiento colectivamente organizado, les ha sostenido.

La «descomposición de las relaciones sociales» es una idea muy extendida. La mayoría de las veces se apoya en la nostalgia de «verdaderas» relaciones sociales de antaño. Se supone un tiempo mejor donde cada uno tenía su lugar social determinado, atribuido de una vez y para siempre. Esta nostalgia un poco vaga tapa hoy la nostalgia ciudadana de los Treinta Gloriosos, de un tiempo donde el Estado nos vigilaba paternalmente.

La realidad es que el capitalismo lleva a una descomposición social perpetua y eso es precisamente su forma de sobrevivir. Para constituirse le hacía falta destruir un

mundo campesino milenario a fin de crear un mundo obrero que a día de hoy intenta destruirle (recomponerle) a su vez, al menos en los países desarrollados. Identificar esta dinámica de destrucción vital como colapso es atractivo porque eso devuelve el curso del capital a un proceso natural de descomposición sin permitir percibir las apuestas que están implicadas en este proceso.

No se puede entender el sentido de una guerra simplemente por la descripción de los daños que causa. Decir «devastaron Dresde» no dice nada sobre la Segunda Guerra Mundial. Decir «las relaciones sociales se deshacen» no dice nada sobre el capitalismo. Hace falta todavía mostrar por qué se deshacen.

Pero para una identidad que quiere constantemente polarizar el mundo según las necesidades del cuento que le permite implicarse en ello, entender significa aceptar. El mundo «deja de ser soportable» solamente cuando aparece «sin causa ni razón».

La identidad que se constituye alrededor de un rechazo considera como comprometedor

el hecho de intentar comprender aquello que rechaza. El rechazo ya es suficiente: ¿para qué intentar comprender? Buscar comprender es el principio de la traición. Ya vale de manifestar su rechazo, su revuelta, y si hay que comprender las causas, es solamente para alimentar esta revuelta. El resto es superfluo.

Hay más bien causas y razones para el mundo capitalista, pero lo que sobrentiende *La insurrección que viene*, es que estas razones son locas, es decir injustificables. Que el capitalismo no es éticamente justificable, para nuestra desgracia, no le quita nada de su realidad ni de su propia coherencia. El rechazo ético no es suficiente. Las razones del capitalismo ciertamente no son las nuestras. Coger lo que son estas razones, es lo que permite afirmar el carácter irreconciliable de este conflicto y situarlo con precisión.

«Lo que pasa cuando los seres se encuentran»

El tablero de desolación que *La insurrección que viene* nos hace del mundo termina por

conducir a un idilio. De repente los «seres» se encuentran. Al haber barrido cuidadosamente el camino a cada forma de reagrupamiento que no fuese la suya, la identidad nos deja echar una ojeada a la recompensa. Finalmente nosotros seríamos «seres». No somos sujetos sociales, conflictivamente anclados en una clase, portadores de contradicciones, sino que simplemente somos «seres».

«Seres» que se han deshecho finalmente de todo los vínculos. «Seres» libres e indiferenciados, limpios de todas las escorias que la existencia social les ha dejado. *La insurrección que viene* habla de «seres» como el humanismo habla del «Hombre».

Los «seres» tienen la transparencia de ángeles y de bonitas abstracciones. Pueden tomar todas las formas, elegirse libremente. Finalmente limpios de todo particularismo, están preparados para asumir las nuevas costumbres que se les propone.

Como el conflicto ha sido repilado hacia el exterior, en el interior reina un ambiente

fusional, habiendo conseguido que lo que se forma entre los «seres» no puede ser un horrible «rollo», puesto que los rollos han sido criticados severamente. El vínculo entre los «seres» es de una naturaleza totalmente distinta, pura e inefable.

La identidad no puede considerarse a sí misma como identidad. Sin embargo uno observa mal una vez contagiado por esta magia en la que esos «seres» se libran de toda conflictividad, a través de la suspensión de su propio juicio crítico.

Lo que se dibuja ahí a través de la libre constitución de los «seres» en «comunidades», es la perspectiva de una sociedad enteramente pacificada, transparente a ella misma, desprovista de antagonismos: el viejo sueño milenarista de un comunismo natural, reposando en la idea de una naturaleza comunista del hombre. Ya sea en la forma de la Edad de oro edénica, o en la forma antropológica de un «comunismo primitivo» que cogería la raíz del amanecer de lo social, eso siempre es comunismo, la igualdad absoluta entre los

hombres, que es presupuesta como la verdadera naturaleza social de las personas.

Así existe la tendencia a valorizar la tribu, la banda, o incluso la jauría, como cosas más naturales, más verdaderamente sociales que las sociedades «complejas» del mundo capitalista.

Se supone que lo «primitivo» no tiene el problema de la identidad: es estrictamente lo que es, es decir su propio lugar dentro de la tribu. Está deshecho del peso de su propia singularidad. Es una identidad pura, completa. Es la esencia antropológica del hombre: el comunismo.

De ahí que la revolución sea solamente un problema de organización material: basta con cortar la hierba debajo del pie a todas las instituciones de la sociedad compleja para que lo social natural vuelva a galope: es directamente el comunismo.

El comunismo, naturaleza social del hombre, se ha desviado por el camino a través de la historia: basta con abrirle el camino para que resurja directamente. El ejemplo de las

catástrofes naturales como el huracán Katrina lo enseña: basta con una brecha en la organización capitalista para que la «base» misma se organice, reencuentre sus instintos generosos, se comunice.

Pero lo real es ciertamente más complejo. Si el humano no es la criatura de Hobbes, la de la guerra original de *todos contra todos* que funda todos los contratos sociales, si es inmediatamente social, esta sociabilidad no se manifiesta solamente por una tendencia innata al reparto. La tendencia social a la dominación, la estructuración social alrededor de la apropiación del poder y/o de bienes por algunos, y aún la tendencia a la acumulación maníaca de bienes, es más vieja que el capitalismo (al cual sin duda ha abierto el camino), y seguramente más vieja que el hombre mismo. El hombre es un animal social como los otros. Hay jefes entre los monos grandes también: el varón dominante se apropia de la mejor parte de la comida y de las hembras. Esto no impide el apoyo mutuo entre los individuos del grupo. Simplemente por

razones que tienen que ver con la selección natural, los dominantes ponen instantáneamente en su sitio los dispositivos que les hacen todavía más fuertes y debilitan todavía más a los débiles. ¿Por qué el hombre sería por naturaleza diferente?

Por supuesto el hombre piensa sus propias sociedades y actúa sobre ellas. Su plasticidad social es infinitamente superior a la de sus congéneres no humanos. Tiene una relación con su propia sociabilidad.

Pero esta relación no es simplemente una relación instrumental: muchas veces coge el aspecto de idolatría. El hombre es la criatura que fetichiza su propia sociedad. Y es el fetiche el que termina por tomar el control sobre sus adoradores. Una identidad no es nada más que un tipo de fetiche.

El comunismo no es una variante particularmente ventajosa del contrato social. Con deshacer los vínculos construidos alrededor de la apropiación, de la dominación, de la acumulación, del territorio, no se deshace solamente una sociedad sino el ser social

mismo. Lo que crea la comunización es un mundo más allá del sacrificio de cada uno, socialmente consentido al beneficio de un supuesto todo: lo social. Esta idea de un mundo más allá de lo social evoca *inevitablemente* la barbarie o la bestialidad: inspira miedo, como la idea de un mundo sin Dios habría aterrorizado a un cristiano de la Edad Media.

Tal idea es manifiestamente peligrosa, y se ve bien todo lo que puede suscitar de delirante. Está claro que esta idea suele crear un pánico irracional, no solamente en los que estarían opuestos a ella, sino también en los que podrían aceptarla. Una de las manifestaciones de este pánico es la concepción de un Estado fusionable entre los individuos, o de una fusión de los individuos con lo social, es decir una concepción regresiva de la superación de lo social.

Negar lo social en la perspectiva del establecimiento de una relación puramente fusionable entre los «seres», eso es querer superar lo social ignorándolo. La negación

de las clases sociales no es la negación de su existencia. Por el contrario, es a partir de su existencia conflictiva que hay que entenderla.

Negar la existencia del capitalismo, de las clases, de las relaciones sociales es lo que conduce necesariamente a esta construcción identitaria que es *La insurrección que viene*. Hemos mostrado que la tendencia a la negación de lo real está en la raíz de toda identidad, porque una identidad no percibe lo real sino solamente su propia existencia como identidad. Por lo tanto se afirma negando la existencia a todo lo que no es ella.

Pero negar la existencia del capitalismo no lo hará desaparecer. Y esa negación misma tiene sus raíces en la realidad del mundo capitalista, y en particular en su realidad en tanto que sociedad de clases.

El lamento de las clases medias (canción realista)

En realidad la identidad que se entiende como universal, y en principio sin identidad, es una cierta clase social: la clase media alta occidental. No tiene identidad porque es la clase social estándar, el referente abstracto de todas las otras clases y por lo tanto del Hombre en general. Es lo que se llama «universalismo». Es más bien ella la que está descrita, sin nunca ser nombrada, por *La insurrección que viene*.

Naturalmente es también a ella (y contra ella) que *La insurrección que viene* dirige su discurso.

Es ella la que no percibe la sociedad más que como un «agregado vago» de instituciones y de individuos, una «abstracción definitiva».

Es ella la que ve en toda la vida de los «suburbios» solamente policías y jóvenes amotinados.

Es precisamente para ella para la que trabajar significa negociar y vender al mejor precio lo que ya no es «fuerza de trabajo» sino

competencia cognitiva y relacional, y que lógicamente sufre de eso con lo que trabaja.

Es ella la que cultiva su Yo precioso y problemático con mucho desarrollo personal, yoga y psicoanálisis.

Es ella la que sufre de la «castración escolar» y sueña en su infancia con quemar su colegio porque es el camino necesario de su integración y no lo hace precisamente por la misma razón.

También es ella la que rodeada por mercancías de las que quiere ignorar que ciertamente tienen que haber sido producidas, piensa que el trabajo industrial está obsoleto, los obreros supernumerarios y que la economía es a partir de ahora «virtual».

Es solamente ella la que existe políticamente, la que se preocupa ecológicamente y vota democráticamente. Es ella también por la que una parte de la juventud se va a constituir en black blocs contra todos los G20 de la tierra.

Finalmente es ella «la clase que niega todas las clases», no porque desaparecieran

sino porque existen para siempre. Eso no significa que hay que expulsar a esta clase fuera del campo de las luchas, sino que es para demostrar que ninguna identidad puede situarse fuera de un mundo socialmente determinado.

«El placer de experimentar una fuerza común»

Si este texto tiene una utilidad, es la de conseguir suscitar un poco más de desconfianza hacia los grupos que hemos llegado a constituir. Juntarse es necesario. Pero demasiadas veces el dicho según el cual «quien se asemeja, se reúne» tiene la tendencia a invertirse. La cuestión no es de no asemejarse a nadie sino de estar atentos en no dejar a una identidad apoderarse de nosotros.

No dejar por ejemplo a una identidad meternos sus palabras en la boca, no dejarse seducir por la promesa de obtener una coherencia más grande que la que podríamos generar nosotros mismos al precio de renunciar a nuestra capacidad de juzgar. Hay que

desconfiar también de la coherencia. Nada es más coherente o mejor organizado que un cristal, última etapa de la mineralización. Nada está más muerto también.

Hoy la identidad promovida por *La insurrección que viene* se manifiesta entre otras cosas por la multiplicación de sus palabras en numerosas bocas: se escucha «amistades», «cuerpo», «flux», «organizarse», se sabe lo que se habla, y ya no se entiende nada. No se puede establecer una lengua común con loros.

Pero no es solamente *La insurrección que viene*: si he hablado particularmente de éste, es porque es lo suficientemente explícito y coherente, y también lo ampliamente conocido para hacer del mismo el punto de partida de una discusión colectiva. Hay otras identidades, por ejemplo, aquellas para las cuales las palabras «lucha de clases» y «guerra social» no son cuestiones que se plantean sino más bien consignas que se lanzan para distinguirse mejor de la identidad de enfrente. La lucha entre las identidades literalmente no tiene fin.

Está claro que ningún grupo aislado puede abstraerse hoy del mundo y realizar el comunismo en su esquina. Eso no nos impide, y lo hacemos ya, rebuscar prácticas antijerárquicas, cuestionar nuestros modos de pertenencia, etcétera. Siendo conscientes que también puede congelarse en una calzadura identitaria.

Uno puede participar en un grupo sin por lo tanto identificarse con él. La función de un grupo debería ser la de dar la mayor autonomía posible a los que participan en él, permitir el desarrollo de sus capacidades. La sobreinversión afectiva en un grupo demasiadas veces acaba creando dependencias, y suscitando jefes afectivos.

Un grupo no es un fin en sí. La amistad ahí no es necesaria. Nos podemos agrupar provisionalmente para una tarea precisa, y entenderse con este objetivo, y el grupo puede existir sólo con este objetivo preciso sin abordar por lo tanto otros terrenos. Hay personas que son nuestras amigas, con las cuales no se hace nada más que compartir buenos momentos

y hay otras con las que nos agrupamos para realizar una tarea, llevar un proyecto y que no son por lo tanto nuestras amigas. El comunismo no es la comunidad. No sirve para nada hacer perdurar un grupo más allá de los fines por los cuales nos es necesario.

Un grupo constituido para fines particulares aún puede permitirse darse «jefes», empleados en tareas precisas. Para manejar una fragata es imperativo que alguien dirija la maniobra: es una cuestión de coordinación. Por el contrario, se puede hacer sin capitán y tomar juntos decisiones que son parte de la vida del barco, elegir la dirección a tomar, etcétera.

Tenemos espontáneamente la tendencia a sobrevalorar nuestros grupos y cuando un grupo es marginal, más intensa es esta sobrevaloración. Es un mecanismo esencial del refuerzo identitario. Detectarlo y desconfiar de él es ya empezar a obstaculizarlo.

Además, la sobrevalorización identitaria de grupos marginales (lo que simplemente puede significar «reducidos») les lleva

a marginarse aún más, convirtiéndose en espantajos útiles para el conjunto de la sociedad. Algunos punks consolidan muchos marcos establecidos. Y eso no es un error estratégico por parte de las identidades, sino que se produce socialmente: uno termina por convertirse en lo que quieren que seamos. Todo grupo limitado corre entonces el riesgo de convertirse en su propia caricatura para existir según la manera socialmente esperada de él.

Constituirse de golpe sabiendo que uno no es más que una parte de un conjunto más vasto, en el seno de lo cual uno existe al mismo título que los que uno considera como sus enemigos, que uno existe en un mundo abierto y no polarizado según las necesidades de un cuento, es una base sobre la cual uno puede intentar constituir grupos que no se encierren en identidades. Existir en las luchas que le permitan sobre esta base misma sería un buen principio. Personalmente me pareció haber visto un boceto de ello en la «AG en lucha» de la rue Servan en París en 2006.

De todas maneras está claro que el encierro identitario es a menudo más bien eso a lo cual estamos socialmente empujados. Uno solamente puede esperar que el principio de una ruptura de este encierro se haga posible señalándola, haciéndola visible ahí donde actúa. Deshacerse de ello completamente es el objeto de una revolución comunista.

Alain C.

Nota final: Para otros puntos de vista sobre esta cuestión, especialmente sobre lo que concierne a «el caso de Tarnac» y sus consecuencias, se puede leer el texto *Contribution aux discussions sur la repression antiterroriste* [Contribución a las discusiones sobre la represión antiterrorista], disponible en Internet. Firmo ampliamente lo que se dice en este texto y me he dispensado entonces a volver a estos puntos que ya han sido tratados en este texto.

La insurrección y su doble

Al distinguir el verdadero romanticismo del falso, Victor Hugo observó que todo pensamiento auténtico es espiado por un inquietante doble siempre al acecho, siempre a punto para fundirse con el original. Personaje de asombrosa plasticidad que juega con las semejanzas para recabar algunos aplausos sobre el escenario, este doble tiene la singular capacidad de transformar el azufre en agua bendita y hacer que sea aceptado por el público más recalcitrante. También la insurrección moderna, la que gustosamente prescinde de los Comités Centrales y los *Sol dell'Avvenire*, tiene que vérselas con su sombra, con su parásito, con un clásico que la imita, que lleva sus colores, se viste con sus ropas, recoge sus migajas.

Publicado en marzo del 2007 y firmado por el Comité Invisible, *La insurrección que viene* se ha dado a conocer en las crónicas transalpinas a raíz de la investigación judicial que condujo a la detención de 9 subversivos en el pequeño pueblo de Tarnac el pasado 11 de noviembre de 2008, acusados de estar involucrados en un sabotaje contra la red de trenes de alta velocidad. Como frecuentemente ocurre en estos casos, el juez ha querido reforzar su teorema también desde el punto de vista «teórico», atribuyendo a uno de los detenidos la autoría del libro en cuestión. Publicado por una pequeña editorial comercial de izquierdas, distribuido por todo el territorio nacional, y bien acogido por el *establishment* en el momento de su publicación, *La insurrección que viene* se ha convertido, por decisión de la Fiscalía, en un peligroso y temible «manual de sabotaje». De ahí su éxito, favorecido además por la intervención a su favor de algunos clérigos de la *intelligentsia* (francesa y no sólo), preocupados por la indebida intrusión policial en el

campo de la filosofía política. Se puede intuir el desconcierto de quien ha descubierto de pronto que el Partido podrá ser Imaginario, pero que la policía lo es mucho menos, y lo es menos aún la satisfacción del editor de este libro, que jamás hubiera imaginado encontrar en el Ministerio del Interior una agencia publicitaria tan eficiente. De todos modos, todos los detenidos han salido de la cárcel al cabo de unos meses y no se espera que vuelvan en mucho tiempo. Se puede concluir aquí, por lo tanto, toda referencia a este acontecimiento, que no ha dejado de tener connotaciones grotescas dado que la relación entre *La insurrección que viene* y los detenidos de Tarnac ha sido, a fin de cuentas, obra de la magistratura francesa. No hay por tanto motivo para seguir ocupándonos de ello.

Digna de mención es sin embargo la breve nota introductoria a la edición italiana, en la que los «Traductores Invisibles» (hablando del *franchising* de la política...) no dudan en utilizar la investigación judicial

de la que hablamos como demostración práctica del valor de este texto. Tras haber dado la palabra a su presunto autor, según el cual «Lo escandaloso de este libro es que todo lo que en él figura es rigurosa y catastróficamente cierto, y no deja de demostrarse cada vez más» (cita extraída de una entrevista concedida al conocido periódico subversivo *Le Monde*), los Traductores Invisibles llegan a la bizarra conclusión de que fue arrestado sólo por ser sospechoso de haber escrito «el libro que tienes en tus manos». Presos de la excitación, dicen haberlo traducido «porque lo que dice es cierto, y sobre todo, porque lo dice». Razón por la que «casi deberíamos dar las gracias al triste teatrillo de las leyes antiterroristas... por haber hecho que este libro sea leído a tan gran escala, de manera colectiva, y a menudo desde un punto de vista práctico. Si no hubiera sido por ellas, probablemente el gozo propagado por este libro no hubiera alcanzado a tanta gente». ¿Qué decir respecto a semejantes consideraciones, que compiten en devoción con otras salvaciones de reminiscencia *pro situ*?

Quizás haya que recordar que no es la primera vez que un escrito subversivo se ha utilizado como elemento de apoyo de una investigación judicial sin convertirse por ello en el *Evangelio*. Sería como pretender que la detención de algunos estalinistas demostre la verdad de las publicaciones marxistas-leninistas, o la de algunos anarquistas la verdad de los libros antiautoritarios. Y pretender al mismo tiempo que el poder francés no se alarma por las revueltas que inflaman las *banlieu*, por los periódicos movimientos sociales radicales, por las acciones directas que se van propagando por todo el territorio, o por un posible encuentro entre todos estos acontecimientos, sino por un comentario sobre ellos disponible por 7 euros en cualquier librería... es un consuelo típico de ciertos barricadistas de salón. El hecho de que los Traductores, Invisibles pero sobre todo Interesados, transformen la represión en un *spot* publicitario no dice nada sobre este libro, pero dice mucho sobre ellos.

Pero ¿cuál es esa insurrección que viene de la que hablamos? ¿La original procedente de

Francia, o la que desembarca en otros lugares precedida de toques de trompeta? No nos dejemos engañar por las apariencias, porque no son en absoluto la misma. La primera es la expresión de un medio que en un mundo de zombies apunta directamente al éxito resucitando el cadáver de la vanguardia, y para hacerlo se apoya en la industria cultural. La segunda, que tiene la desventura de ser exhibida en un país en el que por ahora la revolución no hace mercado, está obligada a cubrir las lentejuelas de la mercancía con la capa de la conspiración. Los lectores italianos que lean con avidez este texto, ebrios del perfume subversivo salpicado por los polis, ¿habrían hecho lo mismo si se lo hubieran encontrado en una estantería de la Feltrinelli³ con la recomendación de algún iniciado como única referencia? Permítanos dudar. Pero es igual, es inútil redundar en el tema. Comenzamos pues a abordar el texto por su contenido, fuera de

3 Mayor casa editorial de Italia, que posee a su vez grandes librerías repartidas por todo el país. [Nota de la traducción]

su contexto específico, sobre el que volveremos brevemente al final. Evidentemente son las discrepancias, más que las concordancias, las que han atraído nuestra atención.

Además de un prólogo, el libro está compuesto por siete círculos y cuatro capítulos. En la primera parte el Comité Invisible se viste de Dante para hacernos atravesar el infierno de la actual sociedad ilustrándolo con numerosos ejemplos. En la segunda se nos introduce en el paraíso de la insurrección, a alcanzar mediante la multiplicación de las comunas. Si la primera lo tiene fácil para obtener una aprobación inequívoca, con una panorámica del mundo que nos ofrece un escorzo de las continuas devastaciones, la segunda, ciertamente, renquea. Ambas presentan sin embargo una característica común: cierta vaguedad bien disimulada por el estilo seco y perentorio. Pero ¿estamos seguros de que esto constituye un defecto y no es, por el contrario, un ingrediente fundamental del éxito de este libro?

Para ser redactores de un ensayo de filosofía política, el Comité Invisible ostenta un

fuerte desprecio por la especulación y una señalada propensión a la práctica. Lo que está muy bien, sobre todo porque les permite recabar el aplauso tanto de eruditos en abstinencia vitamínica como de activistas sedientos de saber. Distinguiéndose de las múltiples sectas marxistas, al Comité Invisible no le gustan los grandes análisis que todo subsumen y explican, explican y subsumen. Análisis inteligentes si se quiere, de acuerdo, pero que después de un siglo y medio tocan ya un poco las narices. Son inciertos, discutibles, a veces también patéticos. La crítica de lo existente sujeto a la totalidad no les interesa. Pero al igual que las distintas sectas marxistas, el Comité Invisible está deseoso de imponer su propia visión. Y dado que hoy cualquier discurso que pretendiera ser tomado en serio por estar fundado sobre presupuestos «científicos» suscitaría cierta hilaridad, es mejor apuntar hacia otro lado, es mejor hacerlo pasar por correcto por estar basado en constataciones. Basta de análisis, de críticas, de estudios, paso a la evidencia y

a su granítica objetividad. Así, con afectada humildad, el Comité Invisible precisa desde el principio que se conforma con «poner un poco de orden en los lugares comunes de la época, en lo que se murmura en las barras de los bares o tras las puertas cerradas de los dormitorios», es decir, «de fijar las verdades necesarias». Sus miembros tampoco se consideran autores de este libro: simplemente «se han convertido en los escribas de la situación. Es el privilegio de las circunstancias radicales que la precisión lleva con toda lógica a la revolución. Basta con decir lo que se tiene ante los ojos y no eludir la conclusión». Seguro que eso no lo habíais pensado: los lugares comunes son las verdades necesarias que hay que transcribir para hacer despertar el sentido de la precisión que conduce lógicamente a la revolución. Obvio ¿no?

Se nos sumirá a continuación en los siete círculos en los que se subdivide el infierno social contemporáneo y encontraremos muy pocas ideas sobre las que reflexionar, pero muchos estados de ánimo que compartir.

Como ya se ha dicho, los autores de este texto evitan basar su discurso en teoría alguna. Para no correr el riesgo de parecer rancios, prefieren registrar la vivencia en su ordinariéz, donde todo se vuelve familiar, como un lugar común precisamente. En este nítido y bien articulado fluir de banalidad cotidiana —hecho de anécdotas, ocurrencias, eslóganes publicitarios, sondeos, etcétera— cada uno encuentra algo con lo que se reconoce. Al constatar con tono apocalíptico el inminente fin del mundo, pasando revista a los diversos ámbitos sociales en los que éste se está consumando, el Comité Invisible se detiene en los efectos más inmediatamente perceptibles, sin hablar de las posibles causas. De hecho nos informa que «el malestar general deja de ser sostenible en el momento en que aparece como lo que es: un malestar sin causas ni razones». ¿Sin causas ni razones? No cabe esperar críticas radicales a los existente, como podrían ser las resultantes de combinar las comunistas al capitalismo con las anarquistas del Estado: hay

que evitar la antigualla si se quiere parecer original. Se certifica así la impotencia política, la bancarrota económica, la decadencia social de esta civilización, pero siempre vista desde dentro. Sin desilusión por lo que es, pero sin ningún ímpetu por lo que podría ser. Por eso *La insurrección que viene* nació en forma de mercancía editorial y está pensado y escrito para llegar al «gran público». Y el «gran público» está compuesto por espectadores ávidos de emociones a consumir en el momento, en el curso de situaciones, y es refractario a las ideas que pueden dar sentido a una vida. Al «gran público», si se le quiere seducir, hay que proporcionarle imágenes fáciles en las que se pueda reflejar sin mucho esfuerzo (como declaran satisfechos los inefables traductores italianos, «sin promesas de inferencias a alcanzar al término de tal o cual interpretación»).

Resulta casi innecesario hacer notar que el fantasma de Guy Debord infesta todo el texto, que a ratos recuerda también a *El club de la lucha*, la célebre película basada

en la novela de Chuck Palahniuk, conocida por su estilo «duro e innovador, de contenido nihilista». El Comité Invisible nos trae a la cabeza al atildado Edward Norton sentado en el retrete catálogo de Ikea en mano, a punto de transmutarse en un salvaje Brad Pitt. La misma «esquizofrenia», las mismas frases de efecto disparo a quemarropa.

Esta es tu vida y se está acabando minuto a minuto

– Cualquier otra cosa en la vida aparte de la lucha carece de importancia. ¡Podéis afrontarlo todo!

– Estaba delante de las narices de todo el mundo, Tyler y yo sólo lo hemos hecho visible. Estaba en la punta de la lengua de todos, Tyler y yo sólo le hemos dado un nombre.

– Asesinatos, crímenes, pobreza, son cosas que no me incumben. Lo que sí me importa son los famosos de las revistas, la televisión con quinientos canales, el nombre de un fulano en mi ropa interior, las lociones capilares, el viagra, sucedáneos.

– Sólo tras haberlo perdido todo somos libres para actuar.

– Somos los hijos malditos de la historia, desarraigados y sin objetivos. No hemos sufrido una gran guerra ni la gran depresión. Nuestra gran guerra es la guerra espiritual, nuestra gran depresión es nuestra vida.

– Hemos crecido con la televisión, que nos convenció de que un día nos haríamos millonarios, mitos del cine, estrellas del rock. Pero no ha sido así. Y lentamente nos estamos dando cuenta, lo que hace que estemos muy cabreados.

– No sois vuestro trabajo, no sois vuestra cuenta corriente, no sois el coche que tenéis, ni el contenido de vuestra cartera, no sois vuestra ropa de marca, ¡sois la mierda cantante y danzante del mundo!

– ¿Por qué esos edificios? ¿Por qué compañías de tarjetas de crédito? Si se elimina la relación de deudas todos volveremos al punto cero. Se crea el caos total.

...Y adelante así hasta el derrumbe de las metrópolis.

En este clima estético-nihilista, *La insurrección que viene* recrea el fin de la convivencia civil con la distancia que separa las cancioncillas sentimentales del belicismo del rap

más militante. El fin de la familia se deduce del ambiente de aburrimiento y fastidio que se cierne sobre las rituales cenas comunes. El fin de la economía se puede intuir en los chistes que circulan entre los ejecutivos. El fin de las ciudades se concretiza en forma de manifiesto publicitario. Llegados al final del séptimo círculo, la conclusión está clara: como el dúo Norton/Pitt, el Comité Invisible merece todos los aplausos. Poco importa que no sea difícil resultar convincente cuando te limitas a describir los horrores cotidianos de los que todos somos víctimas. ¿Y a quién puede molestar que esta larga serie de constataciones objetivas deje filtrar aquí y allá algún tic subjetivo? Venga, no seáis quisquillosos. No gruñáis ante la reiterada apología del Nosotros colectivo acompañada del consiguiente desprecio del Yo individual. Una vez liquidado como inspirador de Reebok, el individuo es contrabandeadado como sinónimo de «identidad», «problema», «camisa de fuerza». A los aspirantes a pastores les gusta deleitarse con el hedor

del rebaño. Para hacerles felices basta con la evocación de una banda callejera o de un colectivo político, con sus respectivos gregarios dispuestos a seguirles en sus grescas y manifestaciones por el control chantajista del «territorio». La unicidad se rechaza porque no hace masa de maniobra. El grado cero de conciencia es el silencio en el que resuenan más fuerte los eslóganes, el papel en blanco en el que se imprimen los Llamamientos a enrolarse.

Del mismo modo, tampoco os irritéis por la presencia de la bizantina distinción entre la política y lo político, del afanoso intento de salvar lo salvable tras haber levantado acta del naufragio en curso. El fuego que incinera cualquier reivindicación, como el furor que se sustrae de toda confrontación cívica, tienen por supuesto un significado político. Pero ¿para quién? No para lo insurrectos anónimos que quieren hacer tabla rasa de cuanto les rodea, a los que les vale dar rienda suelta a sus deseos. Las preocupaciones políticas pertenecen sólo a los «seudópodos de Estado».

Y no resopléis tampoco frente a la repropósito de cantinelas dialécticas, imprescindibles encajes de bolillos que transforman las sucesiones de eventos en un mecanismo bien engrasado (si para Marx y Engels «la burguesía ha forjado las armas que han de darle muerte», para el Comité Invisible «la metrópolis produce también los medios para su propia destrucción»). Si todo esto evoca algo viejo y lúgubre es porque están imbuidos de prejuicios ideológicos viejos y lúgubres.

Dramáticamente conscientes de que «no nos liberamos de lo que nos coarta sin perder al mismo tiempo aquello sobre lo que podríamos ejercer nuestras fuerzas», el Comité Invisible se mantiene a una distancia de seguridad de toda irreductible alteridad. Mejor no excederse en «desafiliación», mejor que ésta siga siendo «política». Esta sociedad se ha hecho invivible, se repite una y otra vez, pero sólo tras haber constatado los fracasos en el mantenimiento de sus promesas. Viene a decirse: ¿y si no hubiese sido así? Quién

sabe, si no hubiésemos sido «expropiados de nuestra lengua por la enseñanza» o «de nuestras canciones por las varietés» o «de nuestra ciudad por la policía», podríamos ser felices viviendo en este mundo. A la espera de reapropiarnos de algo que nunca hemos tenido, podremos vivir y luchar explotando a nuestros progenitores («Con lo que hay de incondicional en los vínculos de parentesco, tenemos la intención de construir el armazón de una solidaridad política tan impenetrable a la injerencia del Estado como un campamento de gitanos. Incluso las interminables subvenciones que muchos padres están abocados a pagar a su prole proletarizada pueden convertirse en una forma de mecenazgo en beneficio de la subversión social»), o quizás participando en el circo electoral («Aquellos que aún votan dan la impresión de no tener otra intención que la de hacer saltar las urnas a fuerza de votar, en pura protesta. Se empieza a adivinar que es, de hecho, contra el voto mismo que se sigue votando»). Estos filósofos radicales,

¡qué cachondos! Y luego maltratan a los más conformistas de sus lectores asustándoles con la evocación de los incendios del invierno del 2005, amenazándoles con la apología del hampa de la periferia, sorprendiéndoles con la afirmación de la inutilidad práctica del Estado, llegando a acusarles de envidiar la vida de los pobres.

¿Todo esto para llegar adónde? Para el Comité Invisible, esta civilización no tiene ya nada que ofrecer. Sólo que se trata de un caso que no anuncia ninguna aurora. Como en todas las formas de nihilismo —y como es sabido, nada excita más a los filósofos radicales que el nihilismo— es la tensión utópica la que paga las consecuencias. Fuera de este mundo sólo hay este mundo. No hay solución, no hay futuro. Queda sólo un presente en rápida descomposición en el que sobrevivir de la manera menos mala. No sorprende pues que para los autores «hacerse autónomo» signifique simplemente «aprender a pelearse en la calle, a ocupar casas vacías, a no trabajar, a amarse locamente y a robar en

los supermercados». Sobrevivir «en lo menos malo», precisamente.

Pero entonces, ¿la insurrección? Ahora llegamos. Tras haber descrito un malestar social sin causa ni razón, llegamos a la segunda parte, en la que se anuncia una insurrección sin contenido. También aquí, desde el principio, llama la atención la perspectiva adoptada, apta para contentar a todos los paladares. Una insurrección, dice el Comité Invisible, «ya no podemos siquiera imaginarnos por dónde comienza». Por una revuelta, se podría objetar con irritación. No, demasiado preciso. Mejor dejar la cuestión en suspenso, para así atraer cuantos más curiosos posibles, y saltar de un tema a otro para eludir los puntos en los que habitualmente los pareceres se dividen. ¿Pensáis que las relaciones entre subversivos deben basarse en la afinidad (es decir, en un compartir perspectivas generales e ideas)? ¿O bien en la afectividad (es decir, en un momentáneo compartir situaciones particulares y sentimientos)? Ningún problema,

el Comité Invisible con un salto acrobático soslaya grácilmente el obstáculo para balancearse sobre una sensacional superposición («se nos ha inculcado una idea neutra de la amistad, como mero afecto sin consecuencias. Pero toda afinidad es afinidad en una verdad común»). El truco es sencillo. En vez de partir de los deseos individuales, siempre múltiples y divergentes, basta partir de contextos sociales fácilmente perceptibles como comunes. Al Comité Invisible no le gustan las ideas que se tienen, prefiere la verdad que nos tiene: «una verdad no es una visión del mundo, sino lo que nos mantiene ligados a él de manera irreductible. Una verdad no es algo que se detenta, sino algo que nos lleva». La verdad es externa y objetiva, unívoca, fuera de discusión. La inminencia del fin del mundo que nos rodea, por ejemplo (ignorando así una posible dilación artificial de la agonía). Basta compartir el sentimiento de esta verdad para hacer camarilla en torno a banalidades del tipo «hay que organizarse». No rompáis el encantamiento. Aceptad esta

verdad, según la cual el callejón sin salida en el que se encuentra el orden social se convierte en una autopista para la insurrección, y no oséis preguntar: ¿organizarse cómo? ¿Para hacer qué? ¿Con quién? Y ¿por qué?

¿Sois de los que consideran que la destrucción del viejo mundo es algo preliminar e inevitable para una auténtica transformación social? ¿O tal vez sois del parecer de que el nacimiento inmediato de nuevas formas de vida surgirá de la desautorización de los viejos modelos autoritarios, volviendo innecesario cualquier enfrentamiento directo con el poder? Ningún problema, una vez más el Comité Invisible, jugando a dos bandas, es capaz de conciliar tensiones que siempre han estado contrapuestas. Por un lado ansía «una multiplicidad de comunas que substituyeran a las instituciones de la sociedad: la familia, la escuela, el sindicato, el club deportivo, etcétera» y por otro teoriza «No hay que hacerse visible, sino usar a nuestro favor el anonimato al que hemos sido relegados y, mediante la conspiración, la acción nocturna o clandestina, hacer

de él una inatacable posición de ataque». La falta de embarazo de los *escritores-que-constatan-evidencias* es embarazosa. Es cierto que la historia del movimiento revolucionario es un inmenso arsenal, teórico y práctico, que saquear. Pero la sorprendente desenvoltura con la que deshacen nudos seculares es fruto de una grosera manipulación. Transforman el concepto de «Comuna» en un *passepartout* ideológico capaz de abrir de par en par cualquier puerta. Con tal de recabar consensos en el abigarrado campo de los descontentos, tanto entre los enemigos de este mundo (para los que la Comuna es sinónimo del París insurgente de 1871) como entre los alternativos a este mundo (para los que la Comuna es el oasis feliz en el desierto del capitalismo), llegan a hacerse cantores de una «Comuna» que ven por todas partes: «toda huelga salvaje es una comuna, toda casa ocupada colectivamente sobre unas bases claras es una comuna, los comités de acción del 68 eran comunas como lo eran los pueblos de esclavos cimarrones en los

Estados Unidos, o también Radio Alicia, en Bolonia, en 1977». ¿Algo más? «Una comuna es la unidad elemental de la realidad partisana. Una escalada insurreccional no es quizás nada más que una multiplicación de comunas, su conexión y su articulación. Según el curso de los acontecimientos, las comunas se funden en entidades de mayor envergadura o, por el contrario, se fraccionan». Entre un grupo de hermanas y hermanos juntos «hasta que la muerte los separe» y la reunión de una multiplicidad de grupos, de comités, de bandas para organizar el abastecimiento y la autodefensa de un barrio, o de una región sublevada, no hay más que una diferencia de tamaño; son indistintamente comunas». Ciertamente, indistintamente todos los gatos son pardos.

Resulta increíble que haya que recordar que el debate sobre la relación entre ruptura revolucionaria y experimentación de formas de vida alternativas al modelo único impuesto por las relaciones sociales dominantes se remonta por lo menos a finales del siglo

XIX. En Italia se manifestó sobre todo en las discusiones en torno a la Colonia Cecilia, y en Francia se encarnó en las elecciones existenciales de dos hermanos, Emile y Fortuné Henry (lo sentimos, pero cada uno tiene una Historia que transmitir. A nosotros, a diferencia que al Comité Invisible, nos vienen a la memoria los anarquistas). El primero de ellos, suscribiendo las palabras de Alexander Herzen según las cuales «nosotros no construimos, demolemos; no anunciamos nuevas revelaciones, destruimos las viejas mentiras», acabó en el patíbulo tras haber llevado a cabo unos atentados con dinamita. Los términos del problema casi no han cambiado desde entonces: ¿puede manifestarse una nueva forma de vida sólo en el curso de fracturas insurreccionales, o puede por el contrario darse al margen de éstas? ¿Son las barricadas las que hacen posible lo imposible mediante la suspensión de hábitos, prejuicios y prohibiciones seculares? ¿O acaso ese imposible puede ser saboreado y alimentado cotidianamente fuera de la alienación dominante?

El Comité Invisible es como la virtud, siempre está en el medio. Como los actuales defensores de la «esfera pública no estatal» (desde los militantes anarquistas más laxos a los «desobedientes» *negristas* más espabilados⁴), sostiene que «la autoorganización local, al superponer su propia geografía sobre la cartografía estatal, la enmaraña, la anula; produce su propia secesión». Pero mientras los primeros ven en la progresiva difusión de experiencias de autoorganización una alternativa a la hipótesis insurreccional, el Comité Invisible propone una integración estratégica de vías consideradas hasta ahora divergentes. No más el sabotaje o el huerto, sino el sabotaje y el huerto. De día a sembrar patatas, de noche a derribar torretas. La actividad diurna se ve justificada por la exigencia de no ser dependiente de los servicios

4 Alusión a los Disobbedienti, literalmente «desobedientes», organización izquierdista procedente de aquel grupo llamado Tute Bianche (monos blancos), personajes que aparecieron en el boom de las contracumbres antiglobalización vestidos de trajes blancos acolchados, ambos grupos discípulos directos de Toni Negri, de ahí el calificativo de *negristas*. [Nota de la traducción]

que hoy en día proveen el mercado y el Estado y de garantizarse cierta autonomía material («¿Cómo alimentarse una vez que todo se ha paralizado? Saquear las tiendas, como se hizo en Argentina, tiene sus límites»). La nocturna por la necesidad de interrumpir los flujos del poder («El primer gesto para que algo pueda surgir en medio de la metrópolis, para que se abran otros posibles, es detener su *perpetuum mobile*»). Arrastrados por el entusiasmo por esta brillante combinación que jamás antes había asomado por la cabeza de ningún revolucionario, y tras haber escrito que «El movimiento expansivo de constitución de comunas debe adelantar soterradamente al de la metrópolis», los autores se preguntan «¿Por qué las comunas no habrían de multiplicarse hasta el infinito? En cada fábrica, en cada calle, en cada pueblo, en cada escuela. ¡Por fin el reino de los comités de base!». La respuesta a este interrogante es una evidencia fácilmente constatable en Tarnac el 11 de noviembre de 2008: la policía que viene. Sin ninguna originalidad, el Comité

Invisible vuelve a mascar las viejas ilusiones de los setenta sobre la «Comuna Armada», esto es, una comuna que no se encierre en la defensa de su propio espacio liberado, sino que se dirija al ataque del resto de espacios que permanecen en manos del poder. Sólo que esto no es realizable por al menos dos motivos.

El primero es que, fuera de un contexto insurreccional, una comuna vive en uno de los intersticios que la dominación ha dejado vacío. Su supervivencia depende de su inofensividad. Cultivar calabacines en huertos biológicos, cocinar pasta para comedores populares, curar enfermedades en ambulatorios autogestionados, hasta ahí todo bien. A veces es útil que alguien remedie las carencias de los servicios sociales, y en el fondo vienen bien áreas de aparcamiento de marginados lejos de los resplandecientes escaparates de los centros urbanos. Pero en cuanto se sale en busca del enemigo, la cosa cambia. Tarde o temprano la policía llama a la puerta y la comuna se acaba, o

por lo menos, se redimensiona. ¡Y pretenden «adelantar» a la metrópolis! Todas las comunas que han ido contra lo existente han tenido una vida breve.

El otro motivo que frustra el intento de generalización de las «Comunas Armadas» fuera de una insurrección es la dificultad material a la que se enfrentan este tipo de experiencias, que por lo general ven surgir frente a ellas un sinfín de problemas acompañados de una crónica falta de recursos. Y dado que sólo unos pocos privilegiados son capaces de resolver cualquier complicación con la velocidad con la que se firma un cheque (a no ser que te lo firme papá o mamá mecenas de la subversión) los integrantes de la comuna casi siempre se ven obligados a dedicar todo su tiempo y energía a su «funcionamiento» interno. En suma, y por seguir con la metáfora, por un lado la actividad diurna, con sus exigencias, tiende a absorber todas las fuerzas en detrimento de la actividad nocturna; por otro, la actividad nocturna, con sus consecuencias, tiende a poner en

peligro la actividad diurna. Al final, estas dos tensiones chocan. Fortuné Henry, en el momento en que inició una intensa actividad propagandística que le llevó a asentarse en Aiglemont, vio su experimento social naufragar en poquísimos tiempo (y nadie lo lamentó). Los anarquistas ilegalistas franceses de principios del siglo XX habían convivido en la colonia Romanville, pero fue sólo tras el colapso de esta tentativa comunitaria y de su vuelta a París que se convirtieron en los «bandidos del automóvil».

Pero que quede claro que no pretendemos negar la importancia de tales experimentos. Pretendemos tan sólo no atribuirles un significado y un alcance que no pueden tener. Como Malatesta en 1913, «No tenemos nada que objetar ante el hecho de que algunos compañeros busquen organizar su vida como quieran y saquen el mejor partido posible de las circunstancias en las que se encuentran. Pero protestamos cuando las formas de vida, que no son y no pueden ser más que adaptaciones al sistema actual, se quieren presentar

como algo anarquista o, peor, como medios de transformar la sociedad sin recurrir a la revolución». Un experimento *in vitro*, limitado y circunscrito, es desde luego capaz de suministrar buenas pistas y ser muy útil en determinadas circunstancias, pero no constituye de por sí la liberación. Extender el concepto de Comuna a todas las manifestaciones rebeldes y equiparar su suma a una insurrección, como hace el Comité Invisible, es una salida instrumental para soslayar la cuestión y hacer que su eslogan publicitario sea acogido por todas partes. Si el conjunto de prácticas subversivas es la insurrección, entonces ésta no está en absoluto viniendo: ya está presente, siempre lo ha estado. ¿No os habíais dado cuenta? Más que una constatación que difunde gozo, parece un consuelo que difunde complacencia. En jerga retórica se podría tal vez definir, si se nos permite la trivialidad, como una metonimia. Dicho de manera vulgar, un intercambio de términos que consiste en usar el nombre de la causa por el del efecto, del continente por

el contenido, de la materia por el objeto... Se trata de un confusionismo muy útil para el Comité Invisible, que le permite ganarse tanto a quien piensa en la satisfacción de necesidades cotidianas como a quien aspira a la realización de deseos utópicos (por lo demás, «rabia y política no se deberían haber desligado nunca»), de acercarse tanto a los entregados a «comprender la biología del plancton» como a los que se plantean cuestiones como «¿Cómo inutilizar una línea del TGV⁵, o una red eléctrica? ¿Cómo encontrar los puntos débiles de las redes informáticas, cómo generar interferencias en las ondas de radio y hacer que desaparezcan las imágenes de la pequeña pantalla?» A través del alarde de su afán por la práctica —noble intento al que nadie osaría oponerse— el Comité Invisible elude cualquier cuestión que pudiera suscitar discordia, frotándose las manos por la «fecundidad política» así alcanzada. Mete mucho ruido contra esta civilización y no dice una sola palabra sobre aquello por

⁵ Sigla francesa del Tren de Alta Velocidad. [Nota de la traducción]

lo que lucha. ¿El resultado práctico de esta actitud? «Tenemos la hostilidad hacia esta civilización para trazar unas solidaridades y unos frentes comunes a escala mundial». Pero si la hostilidad hacia esta civilización se acompañara por la pasión por una existencia privada de toda forma de dominación, todos estos frentes comunes no serían posibles: ¿quién llegaría a una alianza con un competidor del poder?

Cuando no se explican ni sobre el *porqué* ni sobre el *qué*, podemos imaginar cómo afrontarán la cuestión del *cómo*. También aquí la omisión viene revestida con el manto del estilo: «en lo relativo a decidir acciones, este podría ser el principio: si cada uno va a reconocer el terreno, si se confirman los datos, la decisión llegará por sí misma; más que tomarla nosotros, ella nos tomará». Inútil por tanto perder tiempo en aburridos debates sobre el método a seguir o la finalidad a alcanzar, que tienen además la fastidiosa consecuencia de producir discrepancias: salgamos por ahí a callejear y la decisión vendrá por sí sola.

Hermosa, luminosa y válida para todos. Ante la necesidad de alguna precisión, se puede echar una ojeada a sus referencias históricas y hacer un esfuerzo de imaginación. Si bien de palabra «el incendio de noviembre de 2005 ofrece el modelo», la acción que tienen en mente los autores parece asemejarse más a la de un Partido de los Panteras Negras guiado por Blaquí. Si pensáis que parece un batiburrillo autoritario de corte vanguardista, es porque estáis irremediablemente anticuados y superados, incapaces de contentaros con dotes evanescentes como la «densidad» relacional, o el «espíritu comunitario», pero capaces tal vez de encontrar empalagosa la descripción literaria de lo que podría pasar en una insurrección, ¡como la que aparece al final del libro! Habíamos ya señalado la escasa precisión con la que está redactado este texto, lo que no constituye precisamente su mayor defecto, su punto débil, como algunos han sostenido al reseñarlo. Por el contrario, resulta ser su punto fuerte. *La insurrección que viene* está a la altura de los

tiempos, perfectamente a la moda. Posee las características más requeridas actualmente, es flexible y elástico, se adapta a todas las circunstancias (del ámbito subversivo). Se sabe presentar, tiene estilo y resulta simpático a cualquiera porque da un poco la razón a todos, sin descontentar a fondo a nadie. Desde este punto de vista, es un libro eminentemente político.

Para terminar, un par de palabras sobre el contexto del que proviene el libro. Francia es, como es sabido, la patria de la revolución y del amor. Pero también de las vanguardias culturales. Allí se publicó el *Manifiesto Futurista*, texto considerado inaugurador de la vanguardia, y allí estuvo activa la Internacional Situacionista, considerada su última expresión. El Comité Invisible es el nigromante de esta pútrida tradición que querría conjugar tensiones revolucionarias e ingresos de tendero⁶ (generalmente poniendo las primeras al servicio

⁶ Uno de los presuntos autores del libro, arrestado en Tarnac, declaró a unos periodistas ser un simple *épicier*, es decir, propietario de una tienda de ultramarinos. [Nota de la traducción]

de los segundos). Como sus predecesores, no hacen sino publicitar cuestiones que desde siempre han sido abordadas por individuos y grupos alejados del escenario cultural y político. Tras haber recurrido a las fuentes más extravagantes del patrimonio revolucionario y tras haber mezclado bien los elementos seleccionados, presentan con el ceño fruncido este chispeante *mix* subversivo a un público de consumidores de emociones radicales, jactándose de su originalidad. Aun conociendo las contradicciones en las que cayeron sus padres/padrinos, el Comité Invisible les sigue tanto de palabra como en los actos. El resultado es un texto publicado por una editorial comercial, pero que al mismo tiempo se pone en guardia contra «los ambientes culturales» cuya tarea es «recuperar las intensidades nacientes y sustraeros, exponiéndolas, el sentido de lo que hacéis». Por un lado es elegido libro del mes en FNAC, por otro avisa que «en Francia, la literatura es el espacio que soberanamente se ha otorgado para divertimento de los castrados. Es la libertad formal que se ha

concedido a quienes no se adaptan a la nada de su libertad real». Pero como ya hemos dicho, un movimiento revolucionario que aspire a alcanzar una ruptura con lo existente no tiene ninguna necesidad de ser ratificado por el orden social que critica. Dejamos para los oportunistas de todo pelaje la hipocresía de hacer pasar por desprejuiciada incursión en territorio enemigo lo que en realidad es colaboracionismo. Extraña idea de autonomía y secesión de las instituciones es esa que induce a poner pie en ellas.

Ahora podemos entender que los fans de este libro tengan buenos motivos para regocijarse: la edición estadounidense, publicada por Semiotext(e), especializada en la *french theory* post-estructuralista, será distribuida por M.I.T. Press (por tan sólo 12.95 dólares). Su éxito se prevé planetario. A pesar de las conexiones que podamos sentir con ella, *La insurrección que viene* en los escaparates de todas las librerías no es más que la caricatura y la comercialización de la insurrección que podría romper todos ellos.